



## Nuestra tarea pendiente: reconciliación y justicia

Salomón Lerner

Director del Instituto de Derechos Humanos y Democracia (IDEH - Perú). Rector Emérito de la PUCP

**Síntesis:** El autor nos convoca a asumir la misión de restituir la verdad de nuestra historia reciente. Nos recuerda que ya pasó el tiempo de buscar la verdad y que ahora es momento de reconocerla, de recuperar el rostro de nuestros muertos, de construir una nueva forma de integración y de impartir justicia. Un reencuentro con nuestro pasado y con nosotros mismos para gozar de una vida digna.

La indiferencia ante el sufrimiento ajeno, la tolerancia de actos injustos, la incapacidad para ver en todo ser humano a nuestro semejante, la indolencia y la fatuidad que impiden llamar a la violencia irracional por su nombre, han sido a lo largo de la historia diligentes aliados de las más terribles tragedias humanas y sociales. Hace veinte años, la mayoría de peruanos no supimos percibir que, en una pequeña región de nuestro país, empezaba a escribirse el primer capítulo de una desgraciada historia. Conocíamos los hechos, pero no pudimos, o acaso no quisimos, darnos por enterados del drama que ellos anunciaban. Debimos ser intolerantes con la primera muerte, debimos denunciarla y repudiarla como un acto de barbarie que nos agraviaba íntimamente a todos y que degradaba nuestra vida en común, debimos ver en ella el escándalo que es todo sacrificio de una vida humana. Tal vez, si así hubiera sido, no estaríamos lamentando las miles de ausencias irreparables que hoy afligen nuestra conciencia ni las graves fracturas dejadas en nuestro cuerpo social por esas décadas de desenfrenado menosprecio por la vida humana y por las leyes elementales de convivencia civilizada.

### Recuperar el rostro de nuestras víctimas

El balance de esos años nos habla de casi setenta mil víctimas. Es una cifra fácil de pronunciar, a condición de no ver en ella más que un sencillo dato estadístico. Y, sin embargo, son palabras enormes e intolerables para todo aquel que sepa comprender que, en tales números, yacen sepultadas vidas e ilusiones singulares e irrepetibles; que esas palabras, a veces se pronuncian con ligereza, ocultan una verdad atroz, padecimientos y abusos inauditos que afrontan nuestra sensibilidad moral y que, mientras no hayan sido reparados por una memoria justiciera y contrita, seguirán siendo un lastre invencible para todo intento de edificar una sociedad genuinamente democrática.

Son ahora graves obligaciones nuestras, de todos los peruanos, recuperar el rostro de nuestros muertos y desaparecidos; convertir en voces claras los murmullos que emergen de las tumbas secretas; y, por cierto, confesar el sinnúmero de inhumanos atropellos cometidos por una turba dogmática que hizo de la crueldad su bandera y también por quienes tenían la obligación de proteger al país de la barbarie. Pero entendámoslo rectamente: exponer a la luz los pasajes oscuros de esos años implica no solamente recuperar los hechos y los nombres de quienes fueron en ellos víctimas y victimarios; significa también preguntarnos por las fallas de nuestra sociedad que los hicieron posibles, al tiempo que emprender acciones plenas de justicia que sancionen crímenes incalificables y reparen, aunque sea sólo parcialmente, daños terribles.

Si bien no podemos olvidar que la violencia y la injusticia son actos cuyos autores deben ser señalados con exactitud, no podemos negar que los años de confusión e iniquidad que hemos padecido fueron vergonzosas manifestaciones de un organismo social lacerado y



enfermo, tiempos en los que una vasta historia de desencuentros y exclusiones alcanzó su más terrible y oprobioso semblante. ¿Y cómo conjurar las secuelas de este mal si no es exponiendo nuestro organismo social a la fuerza curativa e higiénica de la verdad, si no es obligándonos a mirar con franqueza nuestro rostro colectivo?

## **La verdad como forma de restitución moral**

El hombre es un ser en busca permanente de la verdad. No son pocos los que, en los últimos años, han sostenido que la verdad es pasajera, relativa y, en última instancia, inalcanzable. Tampoco son escasas las voces que han pretendido relegar la vigencia absoluta de los derechos universales, sobreponiendo a ellos una supuesta primacía de los intereses del Estado sobre los de la persona. Pero estas maneras de pensar -artificiosas y a veces llamativas- palidecen y se revelan falaces ante el hecho irrefutable de que no es posible juzgar la validez de todo acto sin un horizonte común de verdad. Debe, pues, quedar claro que la verdad hace de la tierra un lugar fecundo.

Sin la certeza de que podemos acceder a un conocimiento cabal de los hechos, sin la capacidad de discernir lo justo y lo bueno, de lo injusto y lo perverso, toda posibilidad de desplegar nuestra existencia y de edificar nuestro destino quedaría cancelada; esto es, no nos sería posible ser propiamente humanos. La verdad engrandece las facultades de nuestra conciencia; mientras que toda falsificación o encubrimiento, e incluso todo autoengaño, son siempre obstáculos que nos impiden gozar de una vida digna y plena.

Así pues, si, como dice el Evangelio, la verdad nos hace libres, la ausencia de ella nos enajena, nos degrada y nos incapacita para actuar moralmente. Es imperativo, pues, que asumamos todos juntos la tarea de restituir la verdad de nuestra reciente historia. Esa verdad sólo es accesible a través del diálogo y del entendimiento común en un mismo lenguaje. Nuestra búsqueda de la verdad implica entonces volver a escuchar a quienes aún pueden ofrecer su testimonio y encontrar una manera de darles voz a quienes ya no la tienen. Y al hacerlo así, además de practicar un acto de justicia, estaremos contribuyendo a una nueva forma de integración, de superación de las viejas barreras que nos disgregan; estaremos avanzando hacia la fundación de un verdadero sujeto plural; estaremos aprendiendo por fin a decir "nosotros".

## **Hacia una nueva forma de integración**

Y para decir "nosotros" necesitamos una memoria colectiva. Esta memoria no puede ser un recuerdo distanciado de los hechos, sino una conciencia ética, es decir, una forma del recuerdo que abra las puertas de la comprensión y de la lucidez, y sobre todo, que reivindique la razón, y no la arbitrariedad, como elemento fundamental de la coexistencia pacífica. Por ello mismo, el propósito que animó el trabajo de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR) no fue el de la venganza, que en realidad es una caricatura de justicia; y estuvo igualmente reñido con toda forma de impunidad, que es la negación categórica de esa justicia. Si buscamos la verdad, fue porque estábamos convencidos de que ella en sí misma es una forma de restitución moral.

No fuimos jueces ni fiscales. Nuestra tarea estuvo dirigida a retirar los velos que hasta ese momento encubrían o disfrazaban episodios vergonzosos de nuestro pasado que no deben repetirse jamás. Si algo quisiéramos que se diga de nosotros ahora que ya finalizó nuestra tarea, es que hemos contribuido a fortalecer el auténtico espíritu cívico en nuestra patria, que no es sino la capacidad de vivir en un clima de respeto mutuo y de apego a la ley. La



CVR constituyó un grupo de trabajo que tuvo un sustento legal, pero sobre todo se apoyó en cimientos morales, y asumió una alta responsabilidad con todo el país y no con algún gobierno en particular.

Para que nuestros esfuerzos fueran fructíferos, resultó necesario, por supuesto, en primer lugar, la entrega total y desinteresada de cada uno de nosotros a la misión que el país nos encomendó; pero fue igualmente indispensable que la sociedad y las autoridades comprendieran la naturaleza de nuestro trabajo y su absoluta incompatibilidad con toda forma de injerencia o compromiso con algo distinto de la verdad. Para llevar a cabo esta difícil misión, resultó decisivo contar con la valentía de todas aquellas personas que ofrecieron sus testimonios y con la generosa cooperación de instituciones como las organizaciones no gubernamentales que desde hace muchos años libran una batalla, a veces incomprendida, por cautelar el respeto a los derechos humanos en el país.

### **La tarea pendiente**

El tiempo de la búsqueda se venció. La tarea de hacer efectiva la recuperación de nuestra patria se erige como una tarea pendiente. Comenzar a cumplir con este desafío, que es tanto histórico cuanto ético, compromete a todos los peruanos. Debemos esforzarnos para que la verdad alcanzada no se agote en un simple saber acerca de hechos desgraciados, hemos de procurar que ella se haga más plena en acciones impregnadas de justicia. De conseguirlo habremos empezado a recorrer con valentía el largo y complejo camino de la reconciliación.